

Opinión

EN CARICATURAS

En el paquete económico



¿Existe un ala radical?



Aumenta el inconformismo



¿Cómo enfrentar el descontento?

Lo que no se mide no se puede arreglar. Con el descontento pasa algo parecido: si no se entienden bien sus causas, se podrían tomar medidas improvisadas que empeorarían las cosas. Cambiar lo que ha funcionado bien, como la Constitución de 1991, es un buen ejemplo de lo que no se debe hacer.

Es cierto que el menor crecimiento económico y la gran cantidad de personas que se encuentran en la clase media vulnerable -en franco riesgo de regresar a la pobreza- son factores comunes en los países que han experimentado protestas en las últimas semanas. Pero esta no parece ser una explicación suficiente. Hay algo más.

La encuesta de Gallup sobre "felicidad" puede dar algunas pistas. Su último informe muestra que, en los últimos cinco años, la satisfacción personal ha caído más en América Latina que en cualquier otra región del mundo.

Los encuestados se deben imaginar una escalera con peldaños que van desde 0, que representa el peor nivel de vida, hasta 10, que representa la mejor vida posible. Miles de personas que responden esta encuesta en el mundo entero deben escoger el peldaño que mejor representa su propia situación.

En Colombia, el promedio nacional se ubicó en 6,60 en 2013. El año pasado cayó a 6, lo que representa una disminución de 10 por ciento en la satisfacción personal, que corresponde exactamente a lo que ha ocurrido en América Latina en promedio. En contraste, durante estos mismos años la satisfacción personal ha aumentado en Europa central y oriental, África y el sudeste asiático.

Encontrar las razones del deterioro de la percepción de bienes-



La protesta social
Mauricio Cárdenas

tar en América Latina es una tarea mucho más compleja. Una posible explicación del descontento social es la desigualdad. Es bien sabido que Latinoamérica es la región más inequitativa del mundo. Aunque la desigualdad ha bajado en los últimos años, lo que más inequitativo es que los gobiernos latinoamericanos poco o nada ayudan a reducirla.

El caso emblemático es Colombia, donde, con o sin la intervención del Estado, la desigualdad es la misma. La razón es que el pago de pensiones -el mayor rubro en el presupuesto- lo reciben dos millones de personas en mejores condiciones que la inmensa mayoría de los colombianos. Por más que trata el Estado de focalizar otros programas sociales, no logra contrarrestar esta realidad.

Según Gallup, las percepciones de los ciudadanos sobre su situación personal están relacionadas con la efectividad del Gobierno, la calidad de la regulación y el control de la corrupción. Quienes consideran que la corrupción es generalizada en el Gobierno y el sector privado representaron el 91 % de los encuestados en Perú, 85 % en Colombia y Argentina, 81 % en

México, 79 % en Chile. Aquí reside buena parte del problema.

Todo esto debe dar pistas para enfrentar la protesta social. Cualquier medida que aumente la inequidad va a empeorar las cosas. Desafortunadamente, varios de los anuncios recientes, como los días sin IVA, van en ese sentido. Qué bueno sería reforzar programas a favor de los más pobres como De Cero a Siempre o Colombia Mayor. También puede aprovechar la reforma, en curso, de las regalías para apropiarse más recursos para la educación superior.

Dicho esto, en momentos de tensión social hay que rechazar vehementemente la anarquía que busca debilitar las instituciones, incluyendo el Gobierno. Hemos resuelto retos complejos, como el conflicto armado, adaptando nuestras instituciones. Por ejemplo, cuánta tranquilidad ganó el país a cambio de asegurarlos por dos períodos unas pocas curules a las Farc. Por cierto, qué bien le haría al Gobierno rodear el acuerdo de paz y defenderlo. Eso reduciría mucho las tensiones actuales y ayudaría a fortalecer la democracia.

P. D. Este lunes comienza el trámite, en las Comisiones Económicas, de la reforma tributaria que reducirá los ingresos fiscales, indispensables para resolver muchos de los problemas que hoy inquietan a los jóvenes. Esta semana, la ecuación se tornó aún más negativa con los beneficios adicionales, que costarán 3 billones de pesos al año. Por eso insisto en la necesidad de moderarla. La búsqueda de un dividendo extraordinario de Ecopetrol y la operación que le permitirá a la nación recibir los recursos de la venta de Isagén, hoy en día en la FDN, muestran que el Gobierno está afanosamente necesitando ingresos.



Balance sombrío
Alicia Eugenia Silva

¿A quién le sirve el paro?

La jornada del 21N en Bogotá nos deja un balance sombrío de la cultura ciudadana en nuestra capital. Los recursos públicos fueron dolorosamente violados, y la destrucción masiva del transporte público nos dolió a la mayoría de los bogotanos, que lo hemos ido construyendo con nuestros impuestos de los últimos veinte años, y perjudicó primordialmente a los usuarios que viven más alejados de sus lugares de trabajo.

Somos muchos los colombianos que queremos vivir en una sociedad en la que respetemos la vida, tengamos una mayor igualdad de oportunidades, nos escuchemos con atención y con respeto y así podamos disfrutar de los bienes públicos que hemos logrado construir con el esfuerzo de muchos. En una sociedad donde cada uno de nosotros acepte su responsabilidad y no culpe al otro o al distinto por todo lo que nos ha salido mal.

Los recursos públicos de los bogotanos fueron violados por todos aquellos colombianos que han ejercido autoridad y convocaron las marchas sabiendo que hacia el final de estas podrían presentarse desmanes, sin asumir hoy ninguna responsabilidad por lo que de hecho pasó.

Los violaron los políticos que solo se representan a sí mismos y a unos pocos beneficiarios de sus variados escándalos de corrupción en los que han estado inmersos y, a pesar de ellos, siguen en el Congreso y siguen teniendo eco permanente en los medios de comunicación.

Los violaron los que convocaron a los estudiantes de secundaria de la capital a las marchas, pero siguen criticando el comportamiento de la Policía Nacional, que, en general, dio muestras de contención y educación en derechos humanos cuando se la compara con otras policías de la región.

Los violaron los marchantes, que no quieren aceptar que los espacios públicos son para el disfrute de toda la ciudadanía y que si quieren protestar, sería conveniente y legal pedir permiso a la autoridad competente, y no hacerlo todos los días o cuando se les antoje, impidiendo a la mayoría el derecho al trabajo, a la educación, a la salud y a la movilidad.

Claro que es necesario oír a todos aquellos que marcharon y no se sienten representados por los sindicalistas beneficiarios de los privilegios de un cierto estado de bienestar en una sociedad desigual, ni por los políticos que representan unas minorías beneficiarias del clientelismo y la corrupción, y es necesario exigirles a los pocos políticos sensatos que piensen y se pongan por encima de la complacencia populista de decir lo que la gente quiere oír y conserven algo de su dignidad y su responsabilidad para cuando los demás las hayan perdido por completo. Pero definitivamente debemos oír a los millones de colombianos que no marcharon y votaron en las pasadas elecciones y también quieren construir un país mejor.

Así mismo, tenemos que estar alertas al manejo irresponsable de los medios de comunicación y del uso que se hizo de las redes sociales, llenas de imprecisiones y mentiras que magnificaron el desorden y llenaron de miedo al ciudadano común y corriente que pretendió llegar a su trabajo y volver a su casa después de su jornada laboral.

Pero lo más importante es encontrar unos puntos concretos para ir avanzando en la satisfacción de las peticiones de los manifestantes que no se sienten representados por los partidos políticos ni por los sindicatos que convocaron el paro y expresan su descontento, pero el éxito o fracaso de los acuerdos y las fallas de estos deben ser susceptibles de medición y seguimiento, con metodologías acordadas por las partes.

Muchos hemos perdido en estos días, y solo han ganado unos cuantos que intentan generar caos y desorden para producir miedo en la sociedad con la esperanza de obtener más poder.

“ Muchos hemos perdido en estas jornadas, y solo han ganado unos cuantos que intentan generar caos y desorden para producir miedo en la sociedad, con la esperanza de obtener más poder.

Los idiotas



Manipulación
Adolfo Zableh Durán

Colombia no es una dictadura, pero parte de sus fuerzas públicas se está comportando como si lo fuera. Aunque, más que la fuerza desmedida, lo que llama la atención es la capacidad de manipulación del Gobierno. Este gobierno nos quiere mansos, este y cualquiera, por eso no hay que comerle cuento. Lo curioso es que estando avisados nos sigamos creyendo todo, como los hechos que originaron los toques de queda de la semana pasada en Cali y Bogotá.

Son varias las voces que afirman que se trató de una estrategia de manipulación del propio Gobierno para asustar a la gente y luego figurar como el instaurador del orden. Ni idea, pero todo sí se vea muy organizado, sospechosamente igual en ambas ciudades, donde supuestos vándalos se metieron a conjuntos residenciales.

Si yo fuera a robar, me metería a un almacén de electrodomésticos o, en el peor de los casos, a una casa de clase alta, donde hay menos protección y más dinero, y no a un conjunto de clase media con varios celadores donde no sobra la opulencia, pero sí personas dispuestas a defender como sea lo que mucho les ha costado conseguir. Pero si en vez de robar de verdad quisiera crear pánico, ahí sí me iría a conjuntos residenciales para impactar a la mayor cantidad de gente posible. Pero ese sería yo, insisto, que ando medicado por mi psiquiatra.

Las noches del jueves y viernes de la semana pasada hubo muchos sustos, amenazas, ataques de histeria

colectiva y vecinos armados con bates, pero nada de robos ni capturas en esos puntos de mira de los supuestos vándalos. No pudieron las Farc en medio siglo de historia, con todo su poder y sus armas, meterse a las ciudades, lo iban a lograr tres gatos en una noche, pues. La conclusión es que el nivel de manipulación y tortura psicológica a la que nos vimos sometidos fue una cosa muy cruel.

Subestimamos la maldad de este gobierno, pero también su torpeza, ya que parece no saber que hoy, con un celular se puede desmontar cualquier información oficial, y lo que sobran en las redes son videos que desmienten varias de las cosas que nos ha dicho al respecto. Claro que eso no le quita que seamos fácilmente manipulables. Nos comemos cualquier cuento y juramos que es verdad solo porque nos dicen lo que queremos oír. Alguien echó a andar el falso rumor de que a Dilan Cruz le habían negado un crédito del Icetex, y empezamos a repetirlo solo porque nos parecía una

verdad conveniente, oportuna, que le sumaba dramatismo a su muerte. Y así vamos con todo por la vida, jurando que estamos informados, que tenemos la razón, que nos las sabemos todas y que somos independientes e infalibles.

Lo cierto es que somos idiotas útiles, no sabemos nada de nada, no tenemos rigor ni criterio y juzgamos y actuamos con un mínimo de información, lo que nos lleva a tomar decisiones erradas. Quienes mandan tienen claro que a la gente no se la convence de frente y a la brava, sino con manipulaciones sutiles que le hacen creer que lo que hace y piensa es por iniciativa propia. Quienes están a favor o en contra del paro creemos que tenemos razón porque cargamos en las alforjas irrefutables argumentos de peso, y lo único que de verdad tenemos es babas cayendo de nuestras bocas. Tarados peleando en redes y en comidas familiares, dándose un follow y retirándose el saludo, solo a eso llegamos.

Miren que Maduro ha condenado los ataques a la población civil en Colombia mientras somete a su pueblo, al tiempo que de nuestros políticos justifican los abusos del Esmad aquí, pero lloran cuando tal cosa ocurre en Venezuela. Y eso pasa porque en realidad no les importamos ni a uno ni a los otros. Ambos bandos libran una batalla por conservar el poder debilitando al otro, y el precio a pagar es llevarse a países enteros por delante. Solo les servimos para aportar votos y, en situaciones extremas como esta, sangre.